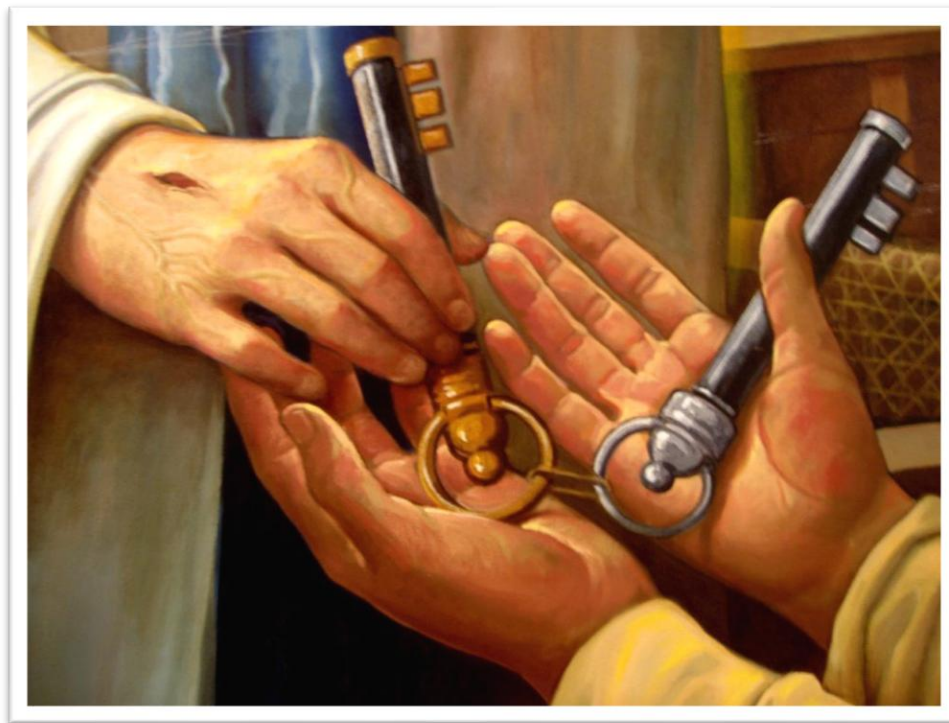


21º domingo del tiempo ordinario

23 de agosto de 2026

«Tú eres Pedro y te daré las llaves del reino de los cielos».



«La fe no es fruto del esfuerzo humano, de su razón, sino que es un don de Dios: “¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina. La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él. También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado les abrió los ojos a una fe plena».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 21 de agosto de 2011.

Textos proclamados – Comentario general a las lecturas bíblicas¹

«La confesión de Pedro y la fundación de la Iglesia»

En el norte de Galilea, a los pies del Monte Hermón, cerca de las fuentes del Jordán, hay una apacible región que llaman Cesarea de Filipo. De vuelta de las tierras de Tiro y de Sidón, Jesús hizo un alto en el camino. Quizá en Banias, ante las fuentes del río Jordán, ante esa roca viva que pudo sugerir a Jesús la palabra acerca de la piedra de la Iglesia.

Se explica la curiosidad de Jesús. Después de tantas palabras y milagros, después de tantas manifestaciones y declaraciones, es normal que quiera saber lo que piensan de él. A ver si en realidad no está predicando en vano y si no tiene que decir las cosas todavía con más claridad.

La encuesta de Jesús acerca de su persona entre los discípulos, la curiosidad por saber lo que piensa de él la gente, se resume en cuatro lugares comunes. A veces me parece que es lo mismo que pasa cuando los periodistas hacen encuestas acerca de Jesús y hay quien con tono altisonante dice sus disparates, creyendo que dice algo serio.

En realidad, lo que quiere Jesús no es que cada uno se quede con su propio subjetivismo, y lo juzgue y lo admita a su antojo y talante, sino que acoja con humildad la revelación que Él ha hecho de sí.

Por eso no es suficiente para ser cristianos responder a encuestas sobre la fe hechas por periodistas. Hay que correr el riesgo de dejarse interrogar por Jesús mismo, en una intimidad que sólo Él conoce, cuando no se pueden llevar caretas ni hablar de cara a la galería, cuando Él nos exige su verdad desde nuestra verdad. Cada uno de nosotros tiene en los discípulos la apremiante palabra que interroga, y en Pedro la sublime confesión de la fe que podríamos llamar «católica».

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» El cristiano no puede vivir su fe de prestado. Tarde o temprano se tiene que dejar encarar por esa mirada luminosa y exigente de Cristo que lo interroga, que lo examina en su fe, como lo examinará también acerca del amor con relación a los hermanos. Dos exigencias indisolubles.

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 157-159.

El Nazareno interroga a sus discípulos, nos interroga a todos. Que nadie desvíe sus ojos de esa mirada ni evite esa respuesta. Cuando tantas veces el Señor ha dicho «Yo soy» y nos ha hablado de sí, de su misión, de su Padre, de su relación con nosotros, no se puede menos que empezar la confesión de fe con un «Tú eres».

Confesar la fe es decirle a Cristo lo que Él es, lo que Él nos ha revelado de sí. Confesar la fe es encontrarlo desde nuestra propia humanidad en su santísima humanidad. Confesar la fe es decir en voz alta, primero con palabras y luego también con obras que Él es, el Hijo de Dios.

La fe de Pedro, la fe de la Iglesia; está esculpida en esas palabras que cada uno tiene que decir a Cristo, que Pedro sigue diciendo desde su cátedra de Roma cada día, como recuerda San León Magno: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

Con la afirmación de que Jesús es el Mesías alcanzamos el sentido pleno de la revelación del enviado de Dios. Con la expresión Hijo de Dios vivo entramos en el misterio de su intimidad, de su divinidad.

Palabras de la fe a las que el Señor responde con esas otras palabras que son como la confesión de Jesús acerca de lo que es Pedro y lo que será la Iglesia. Pedro es la roca. «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». La Iglesia es el nuevo templo, la nueva casa de Dios. Pedro es el que tiene las llaves del reino.

A Pedro y a la Iglesia, Jesús promete estabilidad eterna, victoria sobre el infierno. A Pedro y a la Iglesia les otorga sus mismos poderes de atar y de desatar.

Sobre la confesión de fe en Cristo se apoya el cristianismo, es decir la fe que es relación personal con Cristo. No se puede secularizar la fe prescindiendo de esta relación personalísima con Él. No se puede separar a Cristo de su Iglesia. Vacila la fe y se convierte en ideología cuando desaparece del horizonte esta confesión personal del mesianismo y de la divinidad de Jesús. La pasión del cristiano es Cristo y todo lo que le pertenece. Y le pertenece todo lo que es humano. Hay quien seculariza a Cristo al mermar la confesión de su divinidad. Hay quien lo empequeñece al relegarlo sólo al ámbito de la devoción.

Y tampoco cabe lo de que Cristo sí, Iglesia no. Recordemos que la confesión de Pedro es la de nuestra fe en Cristo. Pero que la respuesta de Cristo es la revelación de la Iglesia.

Comentario a las lecturas bíblicas²

«Colgaré de su hombro la llave del palacio de David».

Lectura del Profeta Isaías 22, 19-23.

El oráculo se refiere al mayordomo del palacio real (cf. vv. 15-16). Por su pecado será destituido. Dios nombrará otro. La promesa comienza a cumplirse en Eliacín, pero no se realiza plenamente en él. Tiempo vendrá en que Dios dé plenos poderes, para siempre –las llaves– a un administrador fiel. El anuncio se realiza en Cristo, a quien Dios le entrega las llaves del reino (cf. Ap 3, 7). Como representante suyo, Cristo deja en la tierra a Pedro, con plenos poderes salvíficos dentro de la Iglesia.

«Él es origen, guía y meta del universo».

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 11, 33-36.

La lectura es un himno de exaltación de la sabiduría de Dios. Pablo lo pone como conclusión a su razonamiento sobre el plan divino de la justificación o salvación de los hombres. Plan que se continúa en la vida de la Iglesia, pueblo de Dios. El plan de Dios, aunque tiene unas zonas de claridad, tiene también otras que son irrastreables para el hombre; zonas incomprensibles porque chocan con las categorías ordinarias de los hombres. El hombre debe reconocer humildemente el misterio de este plan, adorarlo, aceptarlo y alabar al Padre por él. Pablo propone la fórmula doxológica (v. 36). (Cf. Is 40, 13-14; 1 Cor 2,11).

«Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los Cielos».

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 16, 13-20.

Cristo fue enviado por el Padre para formar un pueblo de hermanos en el que él, corroborado por su Espíritu (Jn 14, 16. 17. 26; 15, 26; 16, 7. 13) constituya la verdadera Cabeza. Sólo el atraído por el Padre (Jn 6, 44) puede aceptar esta misión de Cristo. El Señor, al enviar a los suyos al mundo (Mt 28, 19) quiere agruparlos en una familia jerarquizada, donde unos, al recibir del Espíritu el carisma de gobierno (1 Cor 12, 28) «presiden en el Señor» (1 Tes 5, 12) a otros que «se someten, a causa del Señor, como hombres libres» (1 P 2, 13. 16; 5, 5). Será Pedro la Cabeza de esta familia en la que, junto con los Doce, debe ir aplicando el mensaje del Señor según los tiempos.

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 278-280.

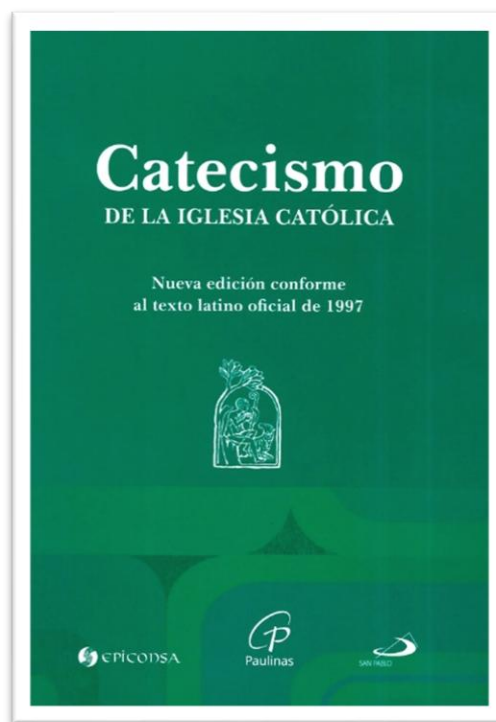
El *Catecismo de la Iglesia Católica* al servicio de la homilía

«Las llaves del Reino»

551. Desde el comienzo de su vida pública Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión (cf. Mc 3, 13-19); les hizo partícipes de su autoridad «y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar» (Lc 9, 2). Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo porque por medio de ellos dirige su Iglesia: «Yo, por mi parte, dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22, 29-30).

552. En el colegio de los Doce, Simón Pedro ocupa el primer lugar (cf. Mc 3, 16; 9, 2; Lc 24, 34; 1 Co 15, 5). Jesús le confía una misión única. Gracias a una revelación del Padre, Pedro había confesado: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Entonces Nuestro Señor le declaró: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18). Cristo, «Piedra viva» (1 P 2, 4), asegura a su Iglesia, edificada sobre Pedro, la victoria sobre los poderes de la muerte. Pedro, a causa de la fe confesada por él, será la roca inquebrantable de la Iglesia. Tendrá la misión de custodiar esta fe ante todo desfallecimiento y de confirmar en ella a sus hermanos (cf. Lc 22, 32).

553. Jesús ha confiado a Pedro una autoridad específica: «A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16, 19). El poder de las llaves designa la autoridad para gobernar la casa de Dios, que es la Iglesia. Jesús, «el Buen Pastor» (Jn 10, 11) confirmó este encargo después de su resurrección: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17). El poder de «atar y desatar» significa la autoridad para absolver los pecados, pronunciar sentencias doctrinales y tomar decisiones disciplinarias en la Iglesia. Jesús confió esta autoridad a la Iglesia por el ministerio de los Apóstoles (cf. Mt 18, 18) y particularmente por el de Pedro, el único a quien Él confió explícitamente las llaves del Reino.



21º domingo del tiempo ordinario

23 de agosto de 2026

«Tú eres Pedro y te daré las llaves del reino de los cielos».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos y hermanas: demos gracias al Padre por el regalo de celebrar el día del Señor. Como lo hacemos cada domingo, hoy venimos a renovar nuestra fe en Jesucristo, el Hijo de Dios Vivo. Por eso estamos invitados a participar vivamente de esta Eucaristía. Sigamos orando por las víctimas del reciente terremoto para que Dios sea la Roca de su esperanza.

Liturgia de la Palabra

En el Evangelio de este domingo contemplaremos al apóstol Pedro que proclama su fe en Cristo, reconociéndolo como el Hijo de Dios. Por su parte Jesús transforma la vida de Pedro, convirtiéndolo en la roca firme que sostiene la fe de la Iglesia. Escuchemos atentamente.

Presentación de los dones

Ahora en el altar serán colocados los dones del pan y del vino. Junto con ellos ofrezcamos nuestro deseo de permanecer firmes en la fe. Precisamente el altar, hecho de piedra, nos recuerda a Cristo: Él es la Roca que nos sostiene.

Comunión

Nuestro Dios es tan generoso que no sólo nos concede el don de la fe, sino que también nos da la gracia de comulgar con el Cuerpo de Cristo. Por eso, conscientes de lo que significan todos los regalos del Señor, acerquémonos a recibir la comunión con un corazón agradecido.

21º domingo del tiempo ordinario

23 de agosto de 2026

«Tú eres Pedro y te daré las llaves del reino de los cielos».



Oración universal

Luego de haber profesado la fe de la Iglesia, ahora nos disponemos a interceder por toda la humanidad a través de esta plegaria universal. Oremos a Cristo diciendo:

R/. Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo

- Oremos, hermanos, por la Iglesia universal, edificada sobre la fe del apóstol Pedro. Ya que tiene su fundamento sólido en Cristo, pedimos que renueve cada día su entusiasmo por evangelizar.
- Oremos por los gobernantes de las naciones. Ya que tienen la misión de cuidar a las personas, pedimos que no ahorren esfuerzos con tal de ayudarlas en sus necesidades más apremiantes.
- Oremos por todos los que sufren a causa del reciente terremoto. Ya que Cristo ha cargado con nuestras dolencias, pedimos por todos ellos para que, poniendo su esperanza en el Señor, puedan salir adelante.
- Oremos por los catequistas. Ya que esta semana han celebrado la memoria de su patrono, san Pío X, pedimos que perseveren con alegría en la hermosa misión de educar en la fe.
- Oremos por nosotros que participamos en esta Eucaristía. Ya que hoy estamos celebrando nuestra fe, pedimos al Padre la gracia de permanecer unidos a Cristo.

Señor Jesucristo, revelado por el Padre como Hijo y Mesías,
escucha las oraciones de la Iglesia
y mantenla edificada sobre el sólido cimiento apostólico.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.